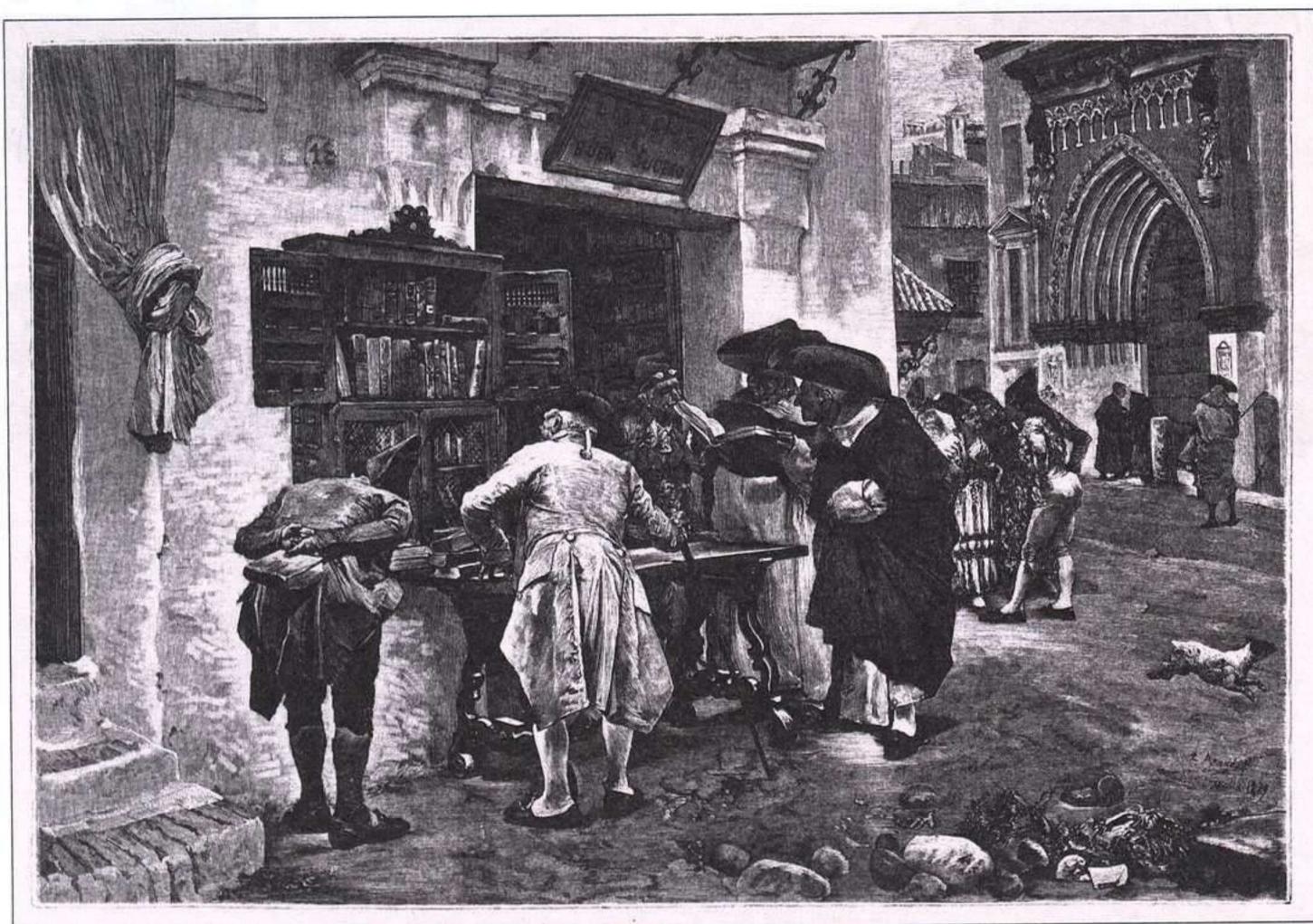


La aventura de leer

Metáforas sobre la lectura I

por Víctor Moreno*

Primero de una serie de cinco artículos, que publicaremos en sucesivos números de la revista, con un mismo punto de partida: analizar la eficacia de los discursos estéticamente impecables sobre los que se sustentan algunas apologías de la lectura. El autor de estos textos, Víctor Moreno, ha indagado mucho sobre el tema, ha buscado en montones de libros, ha meditado en profundidad sobre la cuestión y ha llegado a una conclusión: cuantas más metáforas y comparaciones se hacen sobre la lectura en un discurso apologético, menos se dice sobre ella.



«En la tranquila vida que nos ha tocado en suerte a la mayoría de nosotros, el espíritu de aventura es difícil de satisfacer de otra forma que leyendo»

(Somerset Maugham,
Cuadernos de un escritor).

Muchas de las apologías de la lectura suelen basarse en discursos estéticamente impecables. Reconozco que son páginas bellamente escritas y sólo por esta razón ya merecen leerse. Pero ¿qué pasa cuando apartamos su bello cendal metafórico y nos enfrentamos con sus desnudos significantes? Pues a veces sucede que ni por delante, ni por detrás, ni por arriba, ni por abajo, encontramos nada digno que nos haga reflexionar. En muchos casos, ese lenguaje, en lugar de aclarar, oscurece más la cuestión sobre la que se platica. En lugar de delimitar la sustancia que se desea perfilar, se hacen más difusos sus contornos. Es curioso: lo que se pierde en precisión, se gana en belleza. No deduzco por ello que la belleza estilística sea el escenario por excelencia de la oscuridad conceptual, aunque Nietzsche hablaba de los escritores que disimulan con la oscuridad su vacío. No, no es ésa mi postura. Porque acepto que en esa incertidumbre, en esa ambigüedad, en esa paradoja, puede cobijarse cierto y noble mérito: obligarme a pensar y a preguntarme qué hay detrás de ese conglomerado de significantes.

Sí es cierto que mi experiencia me muestra que cuantas más metáforas y comparaciones se hacen sobre la lectura en un discurso apologético, menos se dice sobre ella. La metáfora lo llena todo con su belleza. Lo llena y anula. Y, en un primer momento, anula hasta la reflexión. Es verdad que, si uno se lo toma con calma y con cierta higiene lingüístico-preventiva, la metáfora te conduce a preguntarte por el porqué de la misma, su pertinencia o su amable impertinencia. Las metáforas son peligrosas en la medida en que pueden anular el entendimiento, como tiene por costumbre hacer la belleza. Recuerden la imperecedera anécdota de la anciana del pueblo al sa-

lir de misa de doce: «No sé qué ha dicho, pero qué bien ha hablado el cura». Esa agrídulce sensación es la misma que yo experimento cuando leo ciertos artículos sobre la importancia y la necesidad de leer.

¿Qué hay detrás del lenguaje metafórico, cuando se utiliza para hacer la defensa de la lectura? La única manera de saberlo es recopilar dicho lenguaje y tamizarlo con el filtro del análisis. Así, pues, en este artículo como en los siguientes, me centraré en algunas expresiones que se han utilizado, y siguen utilizando para proclamar las bondades vitamínico- espirituales de la lectura.

¿ Es la lectura una aventura?

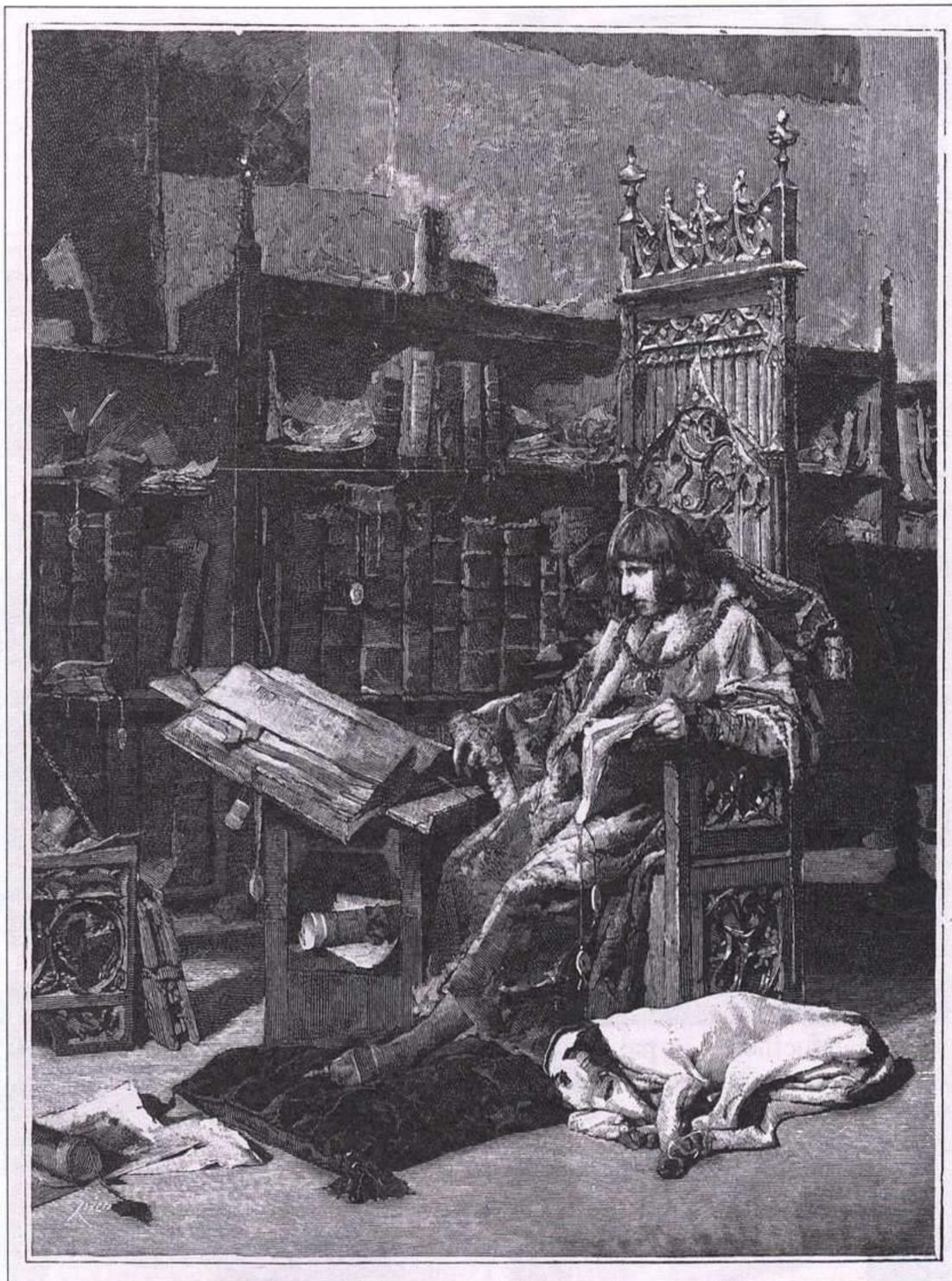
Veamos lo que dice el Diccionario de la RAE sobre la palabra *aventura*. Nada más y nada menos que recoge cuatro

acepciones: «Empresa de resultado incierto o que presenta riesgos»; «Acaecimiento, suceso o lance extraño»; «Casualidad, contingencia»; y «Relación amorosa ocasional». Asociemos, ahora, estas acepciones al concepto de lectura:

• *La lectura es una empresa de resultado incierto.*

No está mal para empezar. Es un buen aviso para navegantes. Rebaja los humos a quienes de manera harto dogmática y contundente sostienen los efectos *evidentes* del acto de leer. Y al hablar de efectos, nos referimos a consecuencias de todo orden: político, social, psicológico, pedagógico, ético y antropológico.

Nadie puede asegurar que por leer es más; tampoco menos, desde luego. Nadie puede afirmar categóricamente que después de leer a *Fortunata y Jacinta* ya no sigue siendo el mismo. El escritor Muñoz Molina, que es el fabricante de



esta enormidad metafísica, nunca ha concretado qué cambios ontológicos experimentó su personalidad después de haberse embaulado la obra de Galdós, no una, sino, con toda seguridad, dos y hasta tres veces. Mi opinión es que si la conformación cráneo-espiritual de un individuo estuviera en relación directa con las lecturas que hace, sería muy fácil, entonces, deducir los porqués de la conducta humana en general y la de los individuos en particular. Bastaría con indagar en sus lecturas. Bastaría con observar las huellas que los libros han dejado en las cisuras de su cerebro para determinar su manera de mirar, de oler y de sentir. Así como los arúspices de Roma adivinaban el futuro —o, para decirlo al estilo de hoy, formulaban hipótesis y presagios— mirando las entrañas de las víctimas, de igual modo podríamos adivinar el futuro comportamiento de los individuos con tan sólo constatar qué libros ha ido consumiendo a lo largo de su periplo vital. Demasiado fácil y, sobre todo, conductista. Lo que no quita que existan visionarios más o menos *cachondos* como el escritor José A. González Sáinz quien afirmaba que le bastaba con mirar a los ojos nacionalistas de Pujol y de Arzalluz para saber que no leen literatura (*El País*, «Babelia», 23.8.1997).

La idea no es nueva. El pensamiento clásico está plagado de estas sobrenaturales revelaciones. No es de extrañar, por tanto, que mentes más o menos escaldadas, como la de Somerset Maugham cayeran en semejante martingala mecanicista. Al autor de *Lluvia* le bastaba con saber lo que leía una persona para conjeturar acerca de su comportamiento (Maugham, *Cuadernos de un escritor*).

Yo tiendo a considerar que lo que siembra la lectura en esos surcos mentales y afectivos es difícilísimo de detectar y de precisar. ¿Somos lo que leemos? Algunos, por lo que puede deducirse de la frase de Muñoz Molina, no tienen más remedio. Son y sólo son lo que leen. Así resultan de apestosos, de moralistas y de magníficos trascendentalistas pelmas.

En cualquier caso, sería una delicia que tal mecanicismo psicológico fuese cierto. El mundo estaría a salvo de todo tipo de arteros y de terroristas. Con la lectura, toda la problemática mundial se



solucionaba echando obleas. La cosa sería sencillísima: en lugar de recetar medicinas y palos, penicilina y cárcel, ¡lean, por favor! Que usted padece de melancolía, lea novelas de humor y de risa. Que usted es un terrorista, ¡lea a Cernuda, lea a Keats, lea a Hölderlin! Al instante su corazón quedará inflamado de salutífera melancolía que le hará sentir hasta dolor intensísimo ante los pajarillos que mueren de asfixia todos los veranos. Que usted sufre ataques de vio-

lencia y de odio a la humanidad del vecino, lea los Evangelios.

¿Evangelios? Truman los leía y no le impidió dar la orden de arrojar la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki. ¿Era, como dice el filósofo Bilbeny, un idiota moral? Seguro. Y contra el idiotismo moral no parece que la lectura sea el fármaco curativo más adecuado. ¿O, sí? Más bien no. ¿Acaso no leen los torturadores poemas líricos? ¿Acaso los terroristas no leen versos de amor a la lu-



EDICIONES MORATA, S. L.
Mejía Lequerica, 12
Teléf. 448 09 26
e-mail: morata@infor.net.es
web: www.edmorata.es
28004 MADRID

NOVEDADES:

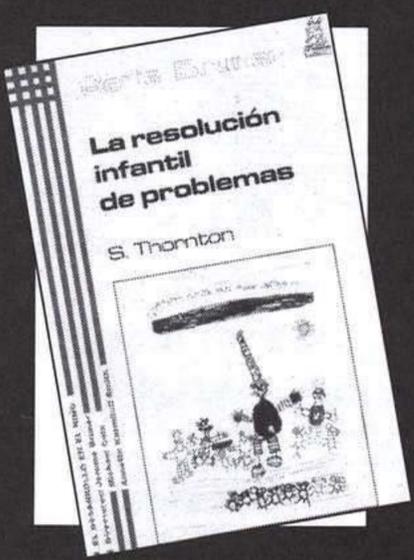
W. G. Secada, E. Fennema
y L. B. Adajian (comps.)
**Equidad y enseñanza de las
matemáticas: nuevas tendencias**
P.V.P.: 4.300 Ptas.



R. Stake
**Investigación con estudio
de casos**
P.V.P.: 2.600 Ptas.



S. Thornton
**La resolución infantil
de problemas**
P.V.P.: 1.700 Ptas.



J. W. Astington
**El descubrimiento infantil
de la mente**
P.V.P.: 1.700 Ptas.



na, al bosque y a la madre? Parece hasta mentira que un escritor tan lúcido y tan poco inclinado a perpetrar ingenuidades, como Javier Marías, se permita sostener semejante hipótesis: «Si todo el mundo escribiera no se cometerían asesinatos, porque lo que la literatura permite es asistir a las vidas, imaginarlas en su concreción y en su unicidad, explicárselas y no juzgarlas, y sobre todo impide considerarlas como una abstracción o un número vacíos de contenido, de biografía, de historia» (*El País*, «Todo es nuestro», 23.4.1996). ¡Como si no hubieran existido escritores asesinos, crápulas, malas personas, insidiosos e impresentables representantes de lo humano!

Pero no quiero extenderme inútilmente en algo que cada persona debe reflexionar: los efectos ciertos e inciertos que tiene la lectura en su vida. No en la vida de los demás, sino en la propia. Las cuestiones generales importan muy poco en este terreno. Lo que reclama nuestra atención es la dimensión individual. A mí me parece que una persona que reflexiona sobre sus lecturas, sobre lo que estas representan en su vida, difícilmente caerá en el falso como tentador empuje de dictar y de deducir cómo es la vida de los demás gracias a lo que leen. Afirmar, por ejemplo: «Dime qué lees y te diré cómo eres» es una cretinez. Pues, en particular, pensamos como vivimos; no vivimos como pensamos. Y la excepción ya sabemos para qué existen: para poner a prueba la regla, no para confirmarla como tan alegremente se sostiene.

•... *Y que presenta riesgos.*

Esto sí que nadie se lo esperaba, ¿eh? Se tiene una idea tan sublime de la lectura que, ni por asomo, íbamos a considerar el lado menos amable de la palabra con la que se asocia de manera consonante. Pero las aventuras, esas que hemos leído en los libros de tal nombre, siempre presentan riesgos. Una aventura sin riesgos no merece llamarse así. Pero ¿la lectura? ¿Qué riesgos presenta? La verdad es que apenas se piensa sobre este particular: los riesgos de la lectura. Todo son parabienes para la persona lectora. Antaño se hablaba de las malas lecturas y de la corrupción que conllevaban. Pero hoy día nadie se corrompe

leyendo (leer contratas sería la excepción).

Sin agotar el catálogo de riesgos que el acto de leer conlleva implícitos, podrían enumerarse estas posibilidades *riesgosas* que, de forma permanente, acechan al lector, especialmente si éste es compulsivo y con tendencia al fundamentalismo lector. Y, antes de enfrentarse a ellos, aconsejaría al lector de estas páginas lo que aconsejo a mis alumnos: que las siguientes afirmaciones las pongan en interrogación. Es una técnica preventivo mental muy buena, que aminora, al mismo tiempo, la ofuscación y los arrebatos de ira. En realidad, convendría utilizarla ante cualquier tipo de aserto contundente.

En cuanto a los riesgos, serían:

— Cuanto más leemos, más solos estamos. Nos volvemos más insociables, más orgullosos y más dogmáticos. La lectura desarrolla el individualismo, la afirmación desaforada del yo y la insociabilidad más crasa. La fatuidad no anda nunca lejos de los lectores voraces. La lectura cultiva la egolatría, el egocentrismo y la vanidad. La mayoría de los lectores compulsivos, cuando hablan de solidaridad, lo hacen de boquilla. Su solidaridad es de ficción. Es decir, darían todo por salvar a Julien Sorel, pero nada por el vecino que tienen al lado muriéndose de sida.

— Cuanto más leemos, menos ideas personales tenemos. Leer es pensar con el cerebelo de otro. Las ideas que supuestamente circulan por el personal cerebro no son nuestras; en su mayoría han sido tomadas prestadas de los libros. Que con el tiempo uno llegue a considerarlas como propias, no invalida la acusación de plagio. Siempre se nos valorará no en función de las ideas que tenemos, sino por la manera de decirlas. Lo cual no está mal. Piensen que muchos filósofos lo hacen peor: repiten lo que otros han dicho sin que se les entienda. Y otra cosa: las ideas valen no por lo que son, sino por quien las defiende. Si usted es un don nadie, no se apure en consecuencia. Nadie le tendrá en cuenta. Lo mismo harán con sus ideas, sean propias o plagiadas.

— Cuanto más leemos, más insensibles nos volvemos hacia los problemas y sufrimientos reales. Los personajes de



ficción, de papel, se nos presentan más reales que los de carne y hueso que nos encontramos en el ascensor. Leer nos hace fríos, calculadores, insensibles a la realidad. La ficción nos vuelve enfermos. La *presencia ficcional* (Vargas Llosa) es mucho más importante que la *presencia real* (G. Steiner).

— Cuanto más leemos, más crece en nosotros la esquizofrenia por no poder vivir e imitar aquellas vidas que tanto nos gustaría ser y vivir. La distancia inevitable que descubrimos entre lo que somos y lo que nos gustaría ser es fuente de neurosis. La lectura nos afianza en la ambigüedad, refuerza nuestras tendencias esquizoides y enturbia el principio de realidad.

— El riesgo de zambullirse en un libro cada vez que uno se encuentra solo y aburrido puede convertirse en costumbre, haciendo que nuestro carácter se vuelva irascible, misántropo y huraño.

El libro sería no un puente que levantamos para caminar hacia los demás, sino para huir de ellos. Más que puente sería una empalizada, un muro. Los libros se convertirían en los obstáculos más formidables para llevar una vida de relaciones sociales.

Yo no sé si estos son verdaderos riesgos y pueden compararse con los que acompañan a una aventura de verdad: trampas, secuestros, picaduras de víboras, persecuciones, pesadillas en la noche, hundimientos, terremotos, disparos, naufragios, insomnios, envenamientos, fiebres, pestes, soledad, horror, torturas y ambigüedad moral. Pero, puestos a elegir entre el riesgo de una verdadera aventura y un riesgo *lecturil*, no sé cuál de ellos sería, en verdad, mejor o peor para la salud personal. ¿Qué es peor, sufrir los vaivenes de los riesgos inmateriales, imaginativos, irreales de la ficción o padecer las consecuencias de un

riesgo real, perfectamente localizado, analizado y psicoanalizado?

• *La lectura es un acaecimiento, suceso o lance extraño.*

Y tan extraño. Según las estadísticas la mayor parte de la población no lo padece. Menos mal. La lectura sucede en pocas personas. Es verdad. En esto parece guardar cierta relación unívoca con la verdadera aventura. A muy pocas personas les pasan cosas que puedan calificarse como insólitas, extrañas, kafkianas o *cortazarianas*. Todo lo que nos sucede es lineal, homogéneo, común y vulgar. La rutina es bella. Y el tiempo, un gozo. ¡Para qué lamentarse de lo obvio! ¡Nos es tan difícil encontrar en el *continuum* temporal la verdadera gracia original de la vida! Y, sin embargo, ¿acaso tenemos otra cosa?

No es de extrañar que, en este sentido, existan personas que eleven a categoría

de lo extraño la anécdota banal de leer un libro. Las hay que llegan a condecorarse con la vitola de considerarse personas singulares y selectas. Hay quien habla, incluso, de la existencia de un club secreto, universal, formado por lectores anónimos cuyos ectoplasmas ilustrados se relacionan entre sí a través de lazos invisibles. Puro cuento. Lo mismo podrían decir los borrachos, los televidentes y los amantes del mus.

Es cierto que algunas personas no dejarán de preguntarse si la verdadera aventura, el lance extraño, no consistirá precisamente en ser fiel todos los días de una vida a una persona, a un oficio, a una verdad, a un destino que se vive sin altibajos aparentes. Es verdad que son pocas las personas lectoras de este mundo. Ello, sin embargo, no debería dar ocasión para pecar de singularismo y de elitismo. ¿Leemos tanto porque no sabemos hacer otra cosa? Es posible. Otra versión, un tanto sardónica, sería la de Charlie Brown: «Me encantan los libros. Cuando no sé qué hacer, leo».

Leer, en este sentido, no es un lance extraño. Es el lógico corolario a nuestro modo de estar y de ser en este mundo. Nada extraño tiene que leamos si no conocemos otras formas —además de ver televisión— de apagar las acuciantes intermitencias del tiempo arañándonos el bazo de inquietud. Lo extraño sería no leer, abandonarnos a la molición de no hacer absolutamente nada. Nada. El lector compulsivo nunca caerá en semejante embrujo. Goza de tan buena conciencia que todo el tiempo disponible le parece poco para leer. La aventura real y verdadera de esta persona sería, paradójicamente, dejar de leer por un tiempo indefinido. Y, a continuación, palpase el sistema nervioso y comprobar si en ese ayuno de letras y de historias cambió, fue mejor, fue peor, más tonta, menos tolerante y más racista. Lo extraño es tomarse a uno mismo como sujeto extraño. Es decir, extrañarse de lo que hace uno todos los días: cuestionar la propia extrañeza de no extrañarnos nunca.

• *La lectura es una casualidad o contingencia.*

El diccionario define la palabra contingencia como «posibilidad de que una cosa suceda o no».

¿Llegamos a ser lectores por pura casualidad? Empecemos diciendo que nadie nace sabiendo, ni queriendo leer, excepto García Márquez. El resto de la humanidad, no. El resto no lleva en el genoma su inclinación a los libros. Y su contrario, que yo sepa, tampoco. La afición por los libros y su correspondiente desazón provienen de causas muy diversas. Hay quien lee porque tuvo un abuelo o abuela que lo embelesó en la infancia con los cuentos de siempre y desde entonces siguió con esa afición. Recuerden el caso del nobel colombiano y su abuela. Hay quien no lee porque tuvo unos padres que no hacían más que leer olvidándose de que en casa había un niño a quien no le gustaban los libros, porque veía en ellos el signo de su abandono. O hay hijos tan rematadamente lúcidos que al observar en qué se han convertido sus padres gracias a los libros, los odian hasta morir; a los padres y a los libros. Hay quien lee porque a los siete años se cogió una pulmonía de campeonato o se rompió la crisma y para matar las horas de aburrimiento no tuvo mejor cosa que hacer que leer a Stevenson. Hasta hoy. Y hay quien lee porque un día se encontró con un maestro que le avivó el deseo de escribir y desde entonces no ha parado de leer y de escribir. Y hay quien se ha leído toda la última generación de escritores argentinos por amor, porque, sencillamente, un día se enamoró de un busto ambulante de Buenos Aires, ché.

Lo curioso del caso es que todas las personas, sean lectoras o no, podrían hablar de su genealogía como lectoras y no lectoras, siempre en clave de contingencia y de azar. La mayoría de ellas dependieron de otra persona. El acto de leer no nació casi nunca de un acto puro de la voluntad o de la *noluntad*. Fue siempre la respuesta a una situación. ¿Por qué unas personas dieron cobijo a que la casualidad se convirtiera en causalidad y otras no? Difícil respuesta. Cada persona lectora sabe cómo llegó a ser lo que es y lo que no; lo que debe a un encuentro, a una palabra, a una habitación, a una enfermedad, a una persona... Nunca se saben las razones profundas del hacer y, menos, del ser.

En este sentido, los tiempos no han cambiado de escenario. El deseo de leer

pacamat gràcies jarejef
merci terimah kasi
ararama tatenda bantiox
obrigado
Gracias
Thank you jarejef
terimah kasi eskerrick asko
tatenda jaarama obrigado



... a todos los que
hacen posible que
el mundo cambie

Gracias
por colaborar con nosotros

Manos Unidas

Comité Ejecutivo:
Barquillo, 38-3º. 28004 Madrid.
Tel.: 308 20 20. Fax: 308 42 08



sigue dependiendo de la casualidad. Fundamentalmente, de tropezarte con unos profesores o bibliotecarios que te lo despierten y te lo alimenten. O de vivir en permanente relación con unos padres que leen. Pero bien sabemos que estas circunstancias tampoco son decisivas, en el sentido determinista o fatalista del término. La última palabra está siempre por pronunciarse en la bóveda personal de la voluntad y del talento.

• *La lectura es una relación amorosa ocasional.*

Siempre habrá personas que compa-

ren la lectura con una relación amorosa. Bueno. Allá cada uno y la manera que tiene de llenar sus orificios. Es posible que la única felicidad a la que algunos puedan acceder sea esa borgiana «felicidad gravitatoria de los libros». Pero está claro que suspiramos de amor, cuando no lo tenemos. Y que lo difícil es permanecer colgados en la misma percha del deseo, cuando éste se satisfizo. Enseguida volvemos a suspirar por el azar de la ocasionalidad. Así en el amor, ¿así en la lectura?

Convento en que, efectivamente, existe una cierta relación entre leer y

enamorarse. Cuando leemos un libro por primera vez, apenas si nos enteramos de lo que leemos. Así sucede en los primeros embates del enamoramiento. Cuanto más enamorados, menos nos enteramos del cenizo o ceniza que tenemos delante. El enamoramiento es un atontamiento general de los sentidos, excepto el del tacto. Hay que leer por segunda vez para enterarte de qué va la fiesta del sintagma. En una primera lectura se escapa casi todo. De igual modo hay que mirarse por segunda y tercera vez para conocer un poquito más con quien compartes la mirada. Cuanto más amamos, menos conocemos. Sólo conocemos a alguien cuando dejamos de amarlo. Cuanto más nos apasionamos por un libro, más fácilmente nos engañará. ¡Pero estamos deseando tanto que se nos engañe...! Suspirando que nos pase como al protagonista de la película *Johnny Guitar*: «Dime que me quieres, aunque sea mentira». ¡Es tan consoladora la mentira!

Es verdad o, al menos, a mí me lo parece: la lectura es una experiencia que nos invita a reconocernos en el otro y éste nos descubre aspectos desconocidos incluso para nosotros mismos (que ya es decir). Si es así, la lectura, como en el amor, puede ser una estupenda fuente de autoconocimiento. Un sistema excepcional para coleccionar aspectos de nuestra compleja psicología personal.

Coda fina paradójica

Es imposible, desde luego, escribir con lucidez absoluta. Lo mismo que leer. El recurso a la metáfora para expresar nuestro pensamiento, cuando éste no existe, es objetable. Y cuando existe, ¿para qué echar mano de ella? ¿Para hacernos reflexionar, para invitarnos a detenernos y contrastar lo que se dice con lo que se sugiere? Si es así, bienvenidas sean las metáforas, las comparaciones y los retruécanos más atrevidos. Al fin y al cabo, el afán exagerado por la precisión puede resultar insufrible. Y, hoy día, ser aburrido es una muestra de inhumanidad. ■

***Victor Moreno** es escritor y profesor.